

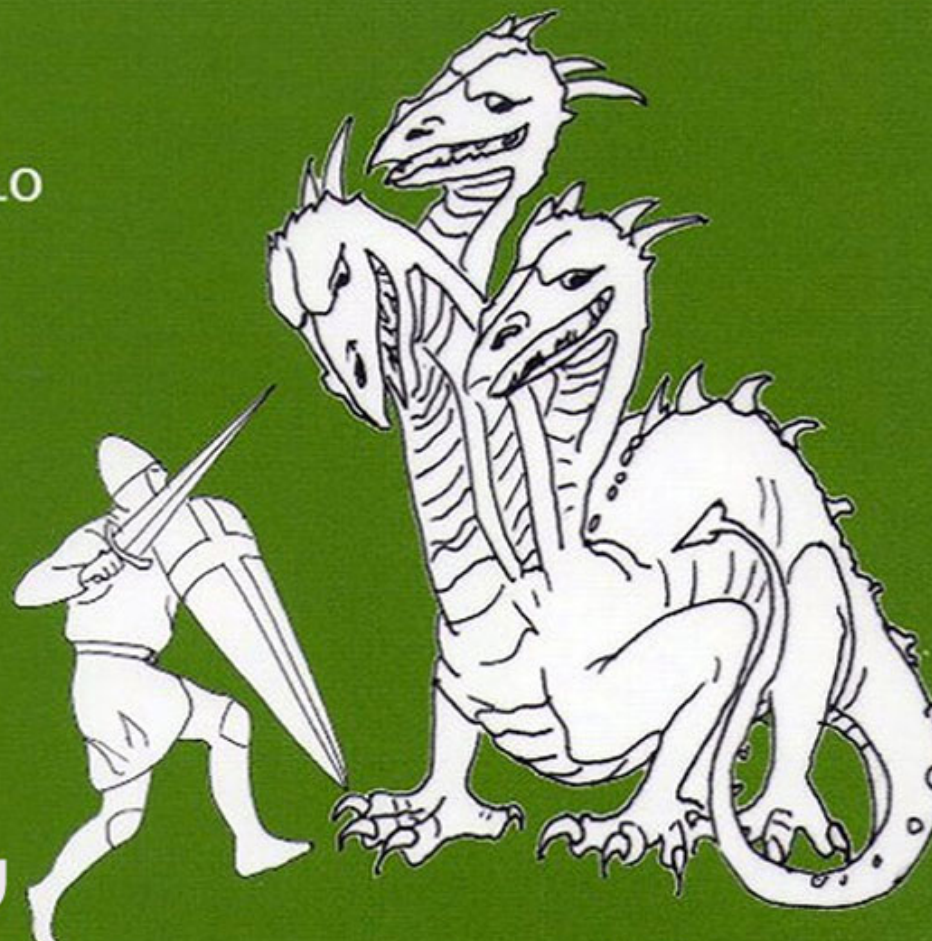
ÍMAC XIOM
SÈLLAV ÉVILO

LA

PAZ,

ESA

DESCONOCIDA



¿Una utopía?

Puesto que la edición de este libro es particular, bajo ningún concepto puede destinarse a la venta

Catalunya, 2014

Ímac Xiom (escritura)
Sèllav Évilo (diseño de la cubierta y maquetación)

**La paz,
esa
desconocida**

(¿Una utopía?)

ÍNDICE

	Página
Introducción	9
La paz consigo mismo	13
El miedo	15
La vanidad	19
El poder y la riqueza	22
La plegaria	27
El perdón	30
El servicio	32
La paz en la familia	35
La paz con el vecindario	45
La paz en el ámbito profesional y laboral	53
La paz en el mundo	59
¿Paz sin pan?	61
¿Paz armada?	62
¿ONU sí, ONU no?	65
¿Paz en la escuela?	67
Paz, ¿cuándo?	69

Epílogo	75
APÉNDICE I	81
APÉNDICE II	83

INTRODUCCIÓN

En la encíclica *Pacem in terris*, el papa Juan XXIII expone los cuatro pilares sobre los cuales debe apoyarse la paz: la verdad, la justicia, el amor y la libertad. La importancia de esta encíclica, así como los posteriores comentarios que diversas personalidades de la Iglesia han efectuado, me parecen tan actuales y tan elevados que solamente situándome a ras del suelo me atrevo a presentar alguna propuesta de reflexión.

Para empezar, he intentado ordenar una serie de preguntas, al objeto de llegar a la que considero esencial y que ocupa el último lugar en esta secuencia: ¿Cómo es posible aspirar a la paz entre los distintos países del mundo si dentro de cada uno de estos países, a su vez, no reina la paz? ¿Y cómo puede reinar la paz dentro de un país si no existe la paz en su sociedad, es decir, entre las personas que viven en él y que se relacionan entre sí a través del trabajo, la amistad, el vecindario o la familia? ¿Y cómo puede convivir en paz una familia si cada uno de sus miembros no vive en paz consigo mismo?

Por lo tanto, no creo que la paz en este mundo sea posible si antes no la descubrimos y vivimos dentro de cada uno de nosotros. Pensemos que todos hemos nacido siendo portadores de una semilla de amor. Si esta semilla florece y da fruto, estaremos ante un reflejo del Reino de Dios... y de la paz.

En este libro solo pretendo exponer una serie de pensamientos personales sencillos, basados especialmente en mi manera de interpretar las cosas y en el sentido común –el propio– y, por consiguiente, con posibles errores. Al menos, deseo que estas reflexiones puedan ser útiles para reafirmar la opinión del lector o promover su disconformidad, lo cual también puede ser muy positivo para efectuar un análisis y, si se juzga conveniente, un replanteamiento.

LA PAZ CONSIGO MISMO

**El miedo
La vanidad
El poder y la riqueza**

**La plegaria
El perdón
El servicio**

Jesús, al proclamar las bienaventuranzas, dijo respecto a la paz: *Felices los que trabajan en favor de la paz, porque Dios los llamará hijos suyos* (Mt 5,9). Pero, para trabajar en favor de la paz, es necesario, ante todo, que su encanto seduzca nuestro corazón, trascendiendo el pensamiento y transformándose en hechos concretos. Y este proceso no es nada fácil. El miedo, la vanidad y el ansia de poder y de riqueza, son algunos de los obstáculos más importantes que se interponen en el camino de la paz, y que siempre están dispuestos a hacernos fracasar.

El miedo

Tal vez solo el amor es más influyente y poderoso que el miedo en nuestra vida. Todas las personas, en cualquier edad, en mayor o menor grado, se hallan afectadas por el miedo, el cual, sea cual sea su apariencia, siempre tiene el mismo origen: la inseguridad.

Ya desde muy jóvenes nos afecta el miedo. Miedo a la oscuridad; miedo a extraviarse en medio de una multitud; miedo ante lo desconocido, pero miedo a fin de cuentas.

La abuela al nieto:

–¿Ya recitas tus oraciones cada noche?

El nieto:

–¡Claro!

La abuela:

–¿Y cada mañana?

El nieto:

–No. Durante el día no tengo miedo.

(Del libro *La plegaria de la rana* (1) de Anthony de Mello, sj).

Posteriormente, la inconsciencia, en especial de algunos familiares, hace que aparezcan en la escena de la vida infantil seres fantásticos y amenazadores, capaces

de las acciones más abominables, al objeto de conseguir el buen comportamiento de las criaturas: “el hombre del saco”, “el coco”, están siempre vigilantes para atemorizar.

En cuanto a la adolescencia, a los chicos y chicas de los años cuarenta y cincuenta del siglo anterior al actual, se les sustituyó “las calderas de Pero Botero” por el maltrato de una pretendida educación –a menudo procedente de formadores religiosos–, que anteponía la amenaza de la condena eterna a la misericordia divina. Un leve roce; una mirada furtiva... todo era impureza; todo era pecado. ¡Dios mío, qué lástima y qué oportunidad perdida por no haber educado con sencillez y verdad! Afortunadamente, todo esto ya solo forma parte de un mal recuerdo de la historia del siglo pasado, aunque el adolescente, hoy como ayer, sigue teniendo miedo: de suspender exámenes, de fracasar socialmente, de permanecer en el paro tras años de estudios y preparación...

Los adultos siguen teniendo miedo: de sufrir estrecheces económicas, de la precariedad laboral que amenaza el sostén de la familia; de la pérdida de la salud, de hacer el ridículo, del fracaso en general... precisamente no hay nada que haga fracasar más al ser humano que el miedo al fracaso. Y no hay nada que

cause más miedo y angustia que vivir en un país en guerra.

La gente mayor es un capítulo aparte con referencia al miedo. ¿Quién es el que no desea el máximo de seguridad en su vida? No tiene lógica desear el riesgo –especialmente a partir de cierta edad–. A todos nos gustaría tener un futuro cuanto más resuelto, mejor. Pero no podemos olvidar que la gente mayor constituye uno de los colectivos más vulnerables y afectados por el miedo. Tengamos en cuenta que, a medida que pasan los años, las facultades de todo tipo de las personas van menguando, al mismo tiempo que aumenta su dependencia, y es fácil de entender que tarde o temprano –si es que antes no sucede algo más grave– se precisará ayuda. Esta ayuda puede provenir de la familia (si ésta existe, está dispuesta a colaborar y tiene posibilidades para ello) o, hablando claro, hay que “comprarla”. Esto origina que las personas mayores, muy a menudo, parezcan más avariciosas a medida que van envejeciendo, aunque sean conscientes que no podrán llevarse muy lejos su cuenta bancaria. No obstante, esta actitud es perfectamente explicable: tienen miedo de quedar desatendidas cuando ya no puedan valerse por sí mismas y que, muchas veces, su único recurso, por duro que sea reconocerlo, sean sus ingresos o sus ahorros

–pequeños o grandes–, a los cuales se aferran de una forma que puede parecer fruto de un egoísmo exagerado.

Y, finalmente, el miedo más terrorífico de todos: el miedo al último sufrimiento, a la muerte y a la incertidumbre del más allá. Por muy creyente que uno sea, es inevitable sentir aquel terrible escalofrío: “¿y si...?”

Miedo, miedo, miedo. La incertidumbre del futuro siempre genera miedo y el miedo es imposible que conviva con la paz.

La vanidad

La vanidad también es un impedimento importante para obtener la paz. Nuestra sociedad solamente valora los éxitos, y triunfar en la vida, para mucha gente, equivale a poseer más bienes materiales que el vecino, lo cual supone, a menudo, a gastar más de lo que uno tiene, aunque sea echando mano de la tarjeta de crédito. Banquetes espléndidos, vestir a la última moda, el coche más moderno, segunda residencia (si es posible con piscina incluida) vacaciones cuanto más lejos, mejor; la

cuestión es poder presumir, vivir en el país de Jauja, aunque sea contrayendo deudas interminables. Obviamente, estamos hablando de lo que ha venido en llamarse el “Estado del bienestar”.

La vanidad exige ostentación, un deseo incontrolable de mostrarse ante los demás como el más listo, el más juicioso, el más ingenioso, el más cualificado; en resumen, trata de aparentar aquello que en realidad a uno le gustaría ser, pero que evidentemente no es y, muchas veces, es la respuesta a un complejo de inferioridad porque, en el fondo, se es todo lo contrario. Y vivir así está absolutamente reñido con la paz.

Además, por inverosímil que parezca, se puede llegar a caer en el autoengaño, y el vanidoso ser la primera víctima de su ficción, a través de una excesiva estima de sí mismo y estar convencido de que, por méritos propios, es superior a los demás, lo cual conduce inexorablemente a la autosuficiencia y al orgullo. El orgullo –como veremos más adelante– también es un pésimo compañero del perdón.

La arrogancia y la prepotencia provocan el menosprecio hacia aquellos que nos rodean, y al mismo tiempo, nos hace incapaces de tomar conciencia de nuestra propia pequeñez. ¡Qué diferente sería el mundo

si todos fuésemos un poco más humildes! Naturalmente, esto requiere saber apreciar el valor de los demás y objetividad para aceptar las propias limitaciones. Pero tanto el vanidoso como el orgulloso prefieren disimular, colocando una muralla de falsedad ante sí.

Tampoco podemos olvidar el peligro existente de caer en la trampa del placer, como una manera de reforzar la ostentación. Buscar el placer es totalmente lícito. En mi opinión, lo que ya no es tan lícito es perseguirlo con desmesura. Sin duda es conveniente tener cubiertas las necesidades materiales hasta un cierto nivel, pero sin excedernos. Los creyentes lo pedimos frecuentemente al Señor, y los no creyentes –¿por qué no?– también desean y esperan “el pan nuestro de cada día”. Pero “el pan”; no el caviar o la langosta de cada día (¿está claro?) ¿Qué calificativo merece la información aparecida en el diario americano *The Wall Street Journal*, en el sentido de que, en una sola fiesta celebrada este año en el hotel Belvedere, entre los participantes del Fórum Económico Mundial en Davos (Suiza), en donde se pretende organizar el reparto equitativo de la riqueza del mundo, solamente para calmar la sed de los asistentes, se consumieran 1.600 botellas del mejor champán? Esto no es aceptable de ninguna de las maneras, especialmente teniendo en cuenta que hay mucha gente hambrienta.

Sucede lo mismo con la mayoría de los placeres, como por ejemplo el sexo, ciertas comodidades o caprichos diversos, escandalosamente caros o innecesarios. Y no es cierto que sea pecado todo lo que gusta mucho. Lo que sí que se puede afirmar es que cuando se peca por exceso, el pecado acostumbra a incluir la penitencia. Y esta penitencia suele ser, como mínimo, la ausencia de paz.

El poder y la riqueza

¿Por qué será que, de igual modo que la riqueza, el ansia de poder es insaciable? Seguramente debe ser porque ambos, el poder y la riqueza, acostumbran a ser inseparables. Pero, ¿tan difícil resulta comprender que tanto el uno como el otro –suponiendo que no se pierdan antes– es imposible llevárselos al más allá?

En todas las civilizaciones, desde que el hombre es hombre, no hay duda que la aspiración de “hacerse rico” en términos monetarios ha estado presente. Pero, ¿qué significa que, según un informe del organismo Oxfam hecho público el pasado mes de enero, que solo ochenta y cinco personas de este planeta dispongan de un

patrimonio equivalente a casi un billón y medio de euros, es decir, más del 50% del total de la población mundial? ¿Estaremos equivocados los ingenuos que aún creemos que no es más rico y poderoso el que más posee –porque nunca poseerá suficiente–, sino aquél que, a partir de un cierto momento, ya está satisfecho con lo que tiene y no desea ningún bien material más? ¡Ay, si fuésemos más conscientes de aquello que Dios dijo al hombre rico, que proyectaba gozar de sus bienes durante muchos años! *¡Estúpido! Vas a morir esta misma noche. ¿A quién le aprovechará todo eso que has almacenado?* (Lc 12,20). Cuando un multimillonario abandona este mundo y alguien se pregunta si debe haber dejado muchos bienes a sus herederos, la respuesta no puede ser otra que: “sí, todos”.

No olvidemos, tampoco, que el ansia de poder y de riqueza suelen tener como compañeros de viaje la falta de escrúpulos de los egoístas y los codiciosos, lo cual conduce inexorablemente a un abuso y a una inmoralidad, en ocasiones realmente increíbles. Solo es necesario observar un poco nuestra sociedad, para percatarse de la corrupción que caracteriza a un buen número de personajes “poderosos”.

¿Cómo puede justificarse, asimismo, que a lo largo de la historia, poseedores de poder político y militar hayan

enviado a millones de víctimas inocentes a los campos de batalla “a luchar (y morir) por la patria”?

No nos equivoquemos: desear el poder y la riqueza sin respetar nada ni a nadie, tampoco es, de ninguna de las maneras, compatible con la paz.

Para luchar y vencer a este dragón de tres cabezas (el miedo, la vanidad, y el poder y la riqueza) es necesaria una espada, como mínimo, también con tres filos: la plegaria, el servicio y el perdón. Veámoslo a continuación.

La plegaria

Creo que para los creyentes, el camino más directo para obtener la paz personal es la plegaria. A los no creyentes, les invito a participar en la fascinante aventura de escuchar lo que ha venido en llamarse el silencio interior. Ambas formas –aunque suele haber más de un camino para alcanzar un destino–, precisamente tan sencillas como son, pueden resultar difíciles, acostumbrados como estamos los humanos a complicarnos la vida y a olvidar que el Señor se ha hecho presente entre nosotros para la salvación de todo el mundo.

De todas maneras, para hablar a fondo de la plegaria o para escuchar el silencio en nuestro interior, probablemente sería necesario escribir un libro entero, y de momento no me veo capaz, ni tampoco creo que sea necesario, habiendo como hay una extensa y magnífica bibliografía al respecto, una muy reducida mención de la cual hago constar en el apéndice I, al final.

Antes de añadir algo más sobre la plegaria debo decir que, muy probablemente, los cristianos tengamos algo que aprender de otras religiones o, al menos, así me lo parece.

Dando por descontado que el fundamentalismo, como cualquier tipo de fanatismo, es absolutamente reprobable por su intolerancia radical, contraria a la más mínima evolución, cuando pienso que hay cristianos que manifiestan sentirse satisfechos yendo a misa los domingos (¡y gracias!) y “no haciendo daño a nadie”, no puedo negar que me admira la fidelidad de los musulmanes devotos en la práctica de su culto, habiendo visto como rezan sus oraciones cinco veces al día, de cara a la Meca, arrodillados sobre una alfombra, sea en comunidad en una mezquita o, en ocasiones, en lugares insospechados. De la misma manera, envidio la escrupulosidad con que respetan el ayuno del Ramadán, o rechazan ciertos alimentos y bebidas, así como la importancia que conceden a la caridad y a otras costumbres propias de su religión como, por ejemplo, al menos una vez en la vida, dar testimonio de su fe en público y peregrinar a la Meca (¡lástima que aún persistan en mantener costumbres que marginan a una parte de su sociedad, principalmente por lo que respecta a las mujeres!)

Por poner otro ejemplo, siguiendo con el tema de la plegaria, y aunque sea de una forma extremadamente resumida, también me impresiona la capacidad de interiorización que caracteriza a los budistas o a los hinduistas. El zen, el yoga o cualquier práctica parecida

–siempre que no se trate de un sucedáneo o de una copia de autenticidad más bien dudosa– traslucen paz y serenidad.

A pesar de todo, no puedo evitar formularme una última pregunta: ¿por qué razón los creyentes –o no creyentes– hemos de recurrir a la búsqueda de joyas exóticas tan lejanas, teniendo tan cerca como tenemos el tesoro de la espiritualidad cristiana?

Respecto al cristianismo, y como opinión estrictamente personal, pienso que a la recitación, recomendada por los maestros de la plegaria, de la antiquísima oración aramea o mantra *Maranatha*, *Maranatha* (venid, Señor Jesús; venid, Señor Jesús) así como otras invocaciones parecidas, interpretadas en sentido literal, no me parece que tengan mucho sentido, porque creo que el Señor ya ha venido y está dentro de nuestro corazón y de nuestro pensamiento desde que nacemos e incluso antes. Lo que sucede es que nosotros estamos ciegos ante su santa presencia, especialmente en cuanto a las pequeñas cosas, y lo que realmente hay que pedirle es que nos ayude a ir quitándonos las vendas que cubren nuestros ojos (el egoísmo, la avaricia, la mezquindad...). Cuando esto suceda, como resultado de su gracia y nuestra perseverancia, nos daremos cuenta de que a cada uno de nosotros Dios se le revela de distinta

forma: desde una experiencia mística (muy poco frecuente) hasta sentir que Él nos acompaña sutilmente en las acciones más sencillas y cotidianas. Tras muchos años de plegaria puede ser que, por el mero hecho de pedir ser sensibles a su compañía, ya sintamos muy cercano su amor y su paz.

Si somos pacientes descubriremos que gozar de los frutos de la plegaria es como el hallazgo de un oasis en medio del desierto de nuestra vida. Pero antes habrá que andar y andar hasta que nuestros pies se hundan en la arena de los desengaños y que el sol de la búsqueda queme nuestra piel. El encuentro de Dios es semejante a pasear por un jardín lleno de flores. No obstante, si las queremos cortar para hacer un ramo se desvanecerá la dulzura de su perfume y terminarán por marchitarse en nuestras manos. No pretendas nunca seducir a Dios; deja que Dios te seduzca.

El perdón

Para obtener la paz en nuestro interior es necesario comprender que el perdón es esencial. En primer lugar hay que perdonar los propios errores que se hayan

podido cometer y que deseemos honradamente no repetir nunca más. Perdonarse a sí mismo puede resultar más difícil de lo que parece a simple vista, pero es imprescindible para poder perdonar al prójimo.

A continuación es necesario perdonar las ofensas recibidas –o supuestamente recibidas–, lo cual, a menudo, no es nada fácil, porque, como cualquier otro sentimiento, a veces no es suficiente que por nuestra parte deseemos perdonar y, por mucho que lo intentemos, es casi imposible conseguirlo. Tal como ya he dejado escrito en alguna otra ocasión, en estos casos, ante todo, hay que suplicar a Dios que nos ayude a ser capaces de ofrecer el perdón a quien nos lo solicite sinceramente o, como mínimo, actuar como si perdonásemos. Por otra parte, hay que ser generosos y dejar siempre una puerta abierta. Si no podemos perdonar ahora, deseémoslo de todo corazón, que esto sí que depende de nuestra voluntad y lo que hoy no es posible, puede muy bien serlo mañana. Y, por encima de todo, alejemos de nosotros la serpiente venenosa del deseo de venganza; no olvidemos que el resentimiento es un enemigo muy poderoso de la paz.

También nosotros hemos de arrepentirnos y pedir perdón cuando creamos haber perjudicado a alguien, haber cometido alguna mala acción o haber dejado de

actuar honradamente. Pensemos que desear hacer las paces no es de ninguna de las maneras una humillación, sino todo lo contrario; es una prueba inequívoca de valentía. *Por tanto, si en el momento de ir a presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene algo en contra de ti, deja tu ofrenda allí mismo delante del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano. Luego regresa y presenta tu ofrenda (Mt 5,23-24).*

Y, por último, lo que es más fácil de obtener: como hijos pródigos que todos somos, pedir perdón a Dios, el cual siempre nos está esperando con los brazos abiertos, porque solo perdona en verdad aquél que ama y Él es Amor.

Perdónate a ti mismo, perdona a los demás, pide perdón y déjate perdonar sin que te lo prive el orgullo, y tendrás paz.

El servicio

En unos fragmentos de los capítulos 3 y 4 de las quintas y séptimas *Moradas*, respectivamente, del libro *Las moradas* de Teresa de Ávila, en la versión de Jesús

Martí Ballester, la santa da los siguientes consejos a sus hermanas de comunidad: *¡Oh hermanas, cómo se ve claro dónde está de veras el amor del prójimo en algunas de vosotras y en las que no está con esta perfección! Si comprendierais lo importante que es esta virtud, no tendríais otra preocupación que practicarla... Obras quiere el Señor, y que si ves a una enferma a quien puedes dar algún alivio, no te importe perder la devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti. Y si es necesario, lo ayunes para que ella lo coma... y que si vieres alabar mucho a una persona, te alegres mucho más que si te alabasen a ti. Para esto es la oración, hijas mías; de esto sirve el matrimonio espiritual, de que nazcan siempre obras, obras.*

He aquí, reflejada en las recomendaciones de la santa, la importancia que ha de tener en nuestra vida –además de la plegaria y el perdón– ponernos al servicio del prójimo. El mismo Jesús, en Mt 20,28 nos dice claramente: *el Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir...*

Y no es necesario ser un santo para poder servir, porque todos tenemos algo para compartir, más allá de la ayuda económica –que también es básico cuando se dispone de medios–, porque la vida ofrece todo tipo de

posibilidades, grandes o pequeñas, que pueden aprovecharse para tender la mano a aquél que lo precisa, si nuestras circunstancias nos lo permiten. En palabras de Teresa de Calcuta: *Quién no vive para servir no sirve para vivir.*

La paz hará que sirvas a los demás, pero, por encima de todo, servir a los demás te llenará de paz.

LA PAZ EN LA FAMILIA

La primera condición para que haya paz en la familia es la tolerancia entre sus miembros. Todos podemos llevar a cabo algún acto que desagrade a las personas de nuestro entorno, y que repercuta negativamente en la convivencia. Es por ello que hay que ser tolerante. Pero ser tolerante no significa necesariamente ser indiferente a todo, en cuyo caso, el hogar familiar se convertiría, tarde o temprano, en un caos. Con cierta flexibilidad se han de establecer unas normas de conducta o aceptarlas de forma implícita (es decir, que se sobreentiendan) y, eso sí, si no se respetan dichas normas, –que pueden ser diferentes para cada familia– hay que hablar claro, aunque es muy importante el modo de hacerlo. No es lo mismo una observación discreta que reñir o reprochar. El diálogo a tiempo, sin herir susceptibilidades, por lo tanto, se hace imprescindible. Y, por supuesto, también es necesaria la paciencia, mucha paciencia. Es muy ilustrativo por su sentido profundo, a pesar de su

aparición humorística, un cuento que figura en el libro *Momentos de sabiduría*, de Anthony de Mello, sj:

Un hombre se dirigió al Maestro en los siguientes términos:

–Necesito ayuda desesperadamente, o voy a volverme loco. Vivimos en una sola estancia mi mujer, los hijos y los cuñados. Nos regañamos a gritos mutuamente. La habitación es un infierno.

–¿Juras que harás todo lo que voy a decirte?– preguntó el Maestro severamente.

–Juro que haré lo que sea.

–Muy bien. ¿Cuántos animales tenéis?

–Una vaca, una cabra y seis gallinas.

–Mételos en la habitación junto a vosotros.

El discípulo estaba consternado. ¡Pero había jurado obedecer! De modo que metió los animales dentro de la

habitación. Al cabo de una semana volvió a visitar al Maestro, quejándose desconsoladamente:

–Estoy hecho un saco de nervios. ¡La suciedad! ¡El tufo! ¡El ruido! ¡Todos estamos a punto de enloquecer!

–Ve –dijo el Maestro– y saca de casa a los animales.

El hombre corrió hacia su casa y al día siguiente volvió con los ojos brillándole de alegría:

–¡Qué tranquilidad! ¡Ya he sacado a los animales y ahora el hogar es un paraíso en el que reina la quietud, la limpieza y el espacio!

Respecto a la pareja en concreto –marido y mujer–, cuando hay armonía, representa el símbolo y la realidad de una de las relaciones más profundas que puede existir entre personas, con pasión en la juventud, con vínculos de madurez posteriormente y atendándose mutuamente en la vejez, siempre amándose el uno al otro. Pero una pareja es semejante a una casa, que si carece de cimientos sólidos corre el riesgo de hundirse. Y hoy en día, quizás cada vez más a causa de la carencia de

valores, esta casa se suele empezar a construir por el tejado. Por esta razón, a medio construir, las paredes tiemblan, los tabiques oscilan y el conjunto se hunde inexorablemente. Una pareja puede vivir unida prácticamente una vida entera, o destruirse en un santiamén. Ante tal extremo, cuando no hay posibilidad de resolver una incompatibilidad que degenera progresivamente y no cabe el perdón, quizá es mejor olvidarlo de la forma más razonable y menos traumática posible, y tal vez abrirse a una nueva oportunidad por ambas partes. Todo el mundo puede equivocarse.

En estos casos se suele aducir que los hijos –si los hay– siempre resultan perjudicados. Ciertamente. Pero es casi seguro que mucho menos que si conviven donde precisamente es la convivencia lo que se echa en falta. De todas formas, hay que tener en cuenta que toda criatura tiene derecho, y merece, una explicación veraz y apropiada a su edad, de las circunstancias que motivan la separación. Y, por supuesto, la mejor atención posible por parte tanto del padre como de la madre, sin que ninguno de los dos caiga en la tentación de predisponer al hijo en contra del otro miembro de la pareja, como a veces suele ocurrir.

En otro orden de cosas, me atrevo a pensar –y no puedo evitar decirlo– que la Iglesia no tardará mucho en ser más comprensiva en el trato hacia los divorciados.

En cuanto a la relación entre padres e hijos, el hogar, más que en ningún otro lugar, ha de ser un remanso de paz, porque los miembros más jóvenes que hayan respirado un clima de serenidad, en un futuro serán el fruto de lo que se haya sembrado y podrán proyectarlo hacia su entorno. Si en la familia se vive en paz, posteriormente será más fácil trabajar por la paz fuera del hogar.

Lógicamente, el buen ejemplo de los progenitores es imprescindible para los hijos. Y creo que la generación nacida a finales del siglo pasado, o a principios del actual, está marcada por un exceso de permisividad, probablemente porque sus padres han sido objeto de una educación excesivamente severa y, una vez más, se ha cumplido la ley del péndulo. Es, ni más ni menos, aquello de “aquí lo quieres, aquí lo tienes”.

Si hablamos de la juventud, no puedo evitar reconocer que en algo nos habremos equivocado los padres

cristianos, al no haber sido capaces de transmitir a los jóvenes el deseo de descubrir a Dios. El promedio de edad de los fieles en las iglesias, en general, da escalofríos. ¿Se ha convertido Europa en tierra de misión? ¿Nos habremos de reevangelizar? Y, a pesar de todo, aún creo que hay jóvenes que albergan una chispa de luz en su corazón que, tarde o temprano, hará que la fe vuelva a resplandecer. No puedo aceptar que los encuentros mundiales de la juventud en Taizé, o en otros lugares similares, sean solamente fuegos artificiales o, simplemente, actos folclóricos. Evidentemente que hay de todo en la viña del Señor, pero no es posible que todo esté vacío de contenido.

Por otra parte, me preocupa y me entristece el mundo tan deplorable que dejaremos a las futuras generaciones. No nos hemos percatado –o quizá no lo hemos querido ver– que todo el mundo es nuestra familia y que existe una sola Humanidad con un único destino común.

También quiero dejar constancia de la consternación que me produce oír comentarios referidos a hermanos, o a cualquier otro tipo de parentesco, como, por ejemplo, que “están reñidos” o que “se pelearon por culpa de una

herencia”. Pienso que la herencia no debe ser la responsable de la pelea, sino el egoísmo de los que la reciben y no son capaces de compartir.

Fomentar la estimación entre hermanos es fundamental porque, si no se aprecia a quién está a nuestro lado, ¿cómo podremos apreciar a alguien que esté más lejano? No olvidemos, tampoco, que todos somos hijos del mismo Padre.

Las personas que viven solas, sea por la circunstancia que sea –viudez, divorcio, soltería, por carencia de todo tipo de familiares o amigos–, en algunas ocasiones puede ocurrir que ellas mismas, o aquéllas con las cuales se relacionan, crean que su situación es como una especie de fracaso en la vida; una incapacidad de convivir con otras personas o, sencillamente, una desgracia. La realidad no tiene que ser así de ninguna de las maneras porque, a pesar del sentimiento de soledad que acostumbra a acompañar a estas personas, especialmente a partir de cierta edad, su vida puede ser muy rica en multitud de aspectos. Todo depende de su carácter, pero vivir solo –sea de forma provisional o no– no tiene por qué condicionar la paz de nadie.

Finalmente, quizás habría que decir algo en relación con las parejas de un mismo sexo. Supongo que su situación singular no tiene por qué influir en el hecho de tener o no tener paz. En todo caso, el mismo papa Francisco ha manifestado en más de una ocasión que nosotros no somos nadie para comentar, y aún menos juzgar, este tipo de situaciones, ni tampoco hay por qué centrarse en según qué temas, habiendo otros mucho más importantes que tener en cuenta. Por lo tanto, amén.

LA PAZ CON EL VECINDARIO

Los derechos y los deberes de todas las personas deben guardar una justa reciprocidad respecto a los demás. Yo tengo el derecho a que se me respete el descanso, especialmente el nocturno, y a no ser importunado, pongamos por caso, por ruidos molestos; pero, a mi vez, tengo la obligación de respetar el descanso de mis vecinos, evitando cualquier actividad que, dentro de una lógica razonable, pueda significar una molestia para ellos. Sin tener claros estos principios, la convivencia entre vecinos puede llegar a ser problemática y, en ocasiones, representar un peligro grave para la paz.

A pesar de que los conflictos pueden surgir con todo tipo de vecinos, quizás el caso más representativo ocurre cuando éstos son personas que provienen de otra región del Estado o de otros países. Es entonces, especialmente, cuando hemos de ser conscientes de que la mayoría de inmigrantes que nos llega, procedentes sobre todo de países económicamente pobres, llamados del Tercer

Mundo, está à formado por gente que huye de su casa, no por puro capricho sino porque su supervivencia es casi insostenible a causa de la tremenda miseria en la cual están inmersos. Esta situación extrema puede ser fruto de guerras fratricidas; por una falta real de recursos del país de procedencia; por una gestión injusta o fraudulenta por parte de sus gobiernos o, sencillamente, se trata de gente que busca un futuro mejor del que se le ofrece en su país.

Cuando esta gente consigue instalarse cerca de nosotros, descubrimos que posee una cultura y unas costumbres que quizá, más o menos, ya nos imaginábamos y creíamos que éramos capaces de aceptar, pero que, cuando están a nuestro lado, pueden sorprendernos e incluso molestarnos. Es lógico que ellos deseen preservar lo que les resta de su origen y que, con cierta frecuencia no comprendan que esto puede vulnerar los derechos de sus vecinos. La acogida del forastero no ha de significar la aceptación incondicional de sus hábitos, lo cual conduciría casi inevitablemente a una rotura de la paz. Una vez más, es necesario dialogar. En general, la lógica es un elemento esencial para convencer. No ha de ser demasiado difícil hacer

entender que disfrutar de la música a todo volumen a ciertas horas de la noche, perturba el descanso de aquellos que no están acostumbrados a ello y que, además, al día siguiente, deben madrugar para ir a trabajar. La mayoría de las personas extranjeras, en especial de países latinoamericanos y africanos, tienen un concepto de vecindario muy diferente del nuestro. Ellos están acostumbrados a compartir el jolgorio y la alegría, con guitarras, cantos y bailes ruidosos, y califican de aburridos nuestro sistema de vida. Sin embargo, la paz requiere encontrar un punto de equilibrio entre ambas formas de pensar y de actuar. Y esto solo es posible hablando y razonando, sin tratar de imponer nada como el único camino de entendimiento.

Yo mismo, tiempo atrás, tuve que soportar a unos vecinos, que no comprendían la molestia que causaban cada vez que se reunían con sus amistades y celebraban una fiesta hasta altas horas de la madrugada. Tras arduas negociaciones, acordamos que “solo” celebrarían fiestas cerca de nosotros un par de veces al año y que nos avisarían con suficiente antelación para que, llegado el día –o, mejor dicho, la noche– de la fiesta, pudiésemos ausentarnos.

También recuerdo –no sin cierta nostalgia–, un tiempo en que, residiendo en África, tuve como vecinos a una familia de etnia bamileké, musulmana, que me descifró el objetivo de unos niños cuando, hacia el atardecer, se dedicaban a capturar langostas (me refiero al tipo de insectos así llamados) que volaban por el campo y las introducían dentro de unas botellas. Pronto descubrí que aquellos insectos estaban destinados a ser consumidos como *delicatessen*, después de ser debidamente fritos con aceite de palma. Durante su cocción, el mal olor que desprendían era francamente insoportable para mi sentido del olfato. Cerrando puertas y ventanas el problema se resolvió rápidamente. En más de una ocasión fui invitado a degustar el *cous-cous* que cocinaba aquella familia vecina, que por cierto era excelente. Afortunadamente, nunca me ofrecieron ningún tipo de comida parecida a la relatada previamente. Vaya usted a saber si ellos habrían hallado repugnante un estofado de caracoles, o escandaloso un bocadillo de jamón...

De todas formas, cada caso es distinto y la solución puede que sea difícil de encontrar o, incluso, que en ocasiones sea casi imposible. Dos no se ponen de

acuerdo si uno de ellos no quiere, teniendo en cuenta que la paz entre ambos no depende solamente de uno, y también es cierto que hay personas, o grupos de personas, con los cuales no es posible razonar porque son prácticamente intratables. En estos casos, no es conveniente permitir ningún tipo de abuso por parte de aquellos que no tienen la más mínima consideración hacia los demás y solo piensan en sí mismos y en su propio interés, sin respetar los derechos ajenos; ésta es una triste realidad de la cual hemos de ser conscientes, y que su única alternativa consiste en el recurso de los medios legales existentes para obtener la paz, la cual nunca debería imponerse, pero que tampoco es conveniente claudicar por sistema.

Pero, ante todo, no intentemos responder con la misma moneda, es decir, fastidiar al que nos molesta, porque ésta no es la solución; es, simplemente, entrar en una dinámica de violencia lo cual, en general, empeora la situación. *A nadie devolváis mal por mal, esforzaos en hacer el bien ante cualquiera. No permitas que te venza el mal, antes bien, vence al mal a fuerza de bien.* (Ro 12,17 i 21).

**PAZ EN EL AMBIENTE PROFESIONAL Y
LABORAL**

Vivir la paz en el ambiente profesional depende en gran manera del tipo de trabajo y del clima laboral en el cual se trabaje. No es lo mismo trabajar solo como autónomo en un trabajo artesanal creativo, que en una cadena de montaje de una fábrica de coches, o en las oficinas de una empresa multinacional, por poner algún ejemplo.

Aproximadamente una tercera parte de nuestra vida la empleamos trabajando, y para la mayoría de personas la actividad laboral representa, ante todo, un medio de subsistencia, pero no es el ideal que desearían para sentirse realizadas. Es difícil amar lo que se hace únicamente por obligación y no mucho más. El proverbio “si no haces lo que te gustaría hacer, al menos trata que te guste lo que haces” tiene mucho de utopía y poco realismo. Y semejante situación no conduce precisamente a vivir en un estado de paz interior, especialmente cuando uno se ha preparado, cree estar

capacitado y desearía llevar a cabo una actividad muy diferente de la que las circunstancias le obligan a desempeñar.

También es cierto que con el fin de adoptar un estilo de vida económicamente más elevado, o por el prestigio que conllevan determinadas profesiones en nuestra sociedad, hay veces en que se sacrifica la verdadera vocación o que, cuantos más ingresos se perciben más se ambicionan, lo cual, paradójicamente, acostumbra a exigir un precio muy alto por el hecho de situar en segundo término aspectos tan importantes como, por ejemplo, la vida familiar. En semejantes circunstancias, se podría afirmar que situarse lejos de la paz es atribuible a quién así actúa.

Por otra parte, es evidente que del mismo modo están absolutamente reñidos con la paz aquellos conflictos que causan grados diversos de angustia en las relaciones entre empresarios y empleados, debido a situaciones de abuso tanto por una parte como por otra, así como entre los mismos trabajadores, por envidias o por el deseo de ascensos en la escala jerárquica de una empresa y,

especialmente, por el afán de obtener más ingresos con evidente falta de sensibilidad y respeto hacia los colegas.

Especialmente lamentables son los casos de verdadera esclavitud en que viven muchos asalariados en algunas empresas multinacionales, cuyos dirigentes carecen absolutamente de cualquier escrúpulo en la explotación de personas, sin que les importe lo más mínimo la edad, la salud, o la vida de aquellos que utilizan para que su negocio sea cuanto más rentable mejor.

En resumen, podríamos afirmar que en numerosas ocasiones, gozar de paz en el trabajo requiere renuncias. Simplemente se trata de valorar los pros y los contras de cada situación y de establecer prioridades, siempre que ello sea posible.

LA PAZ EN EL MUNDO

¿Paz sin pan?

¿Paz armada?

¿ONU sí, ONU no?

¿Paz en la escuela?

Paz, ¿cuándo?

¿Paz sin pan?

El papa Juan XXIII nos dice en su encíclica: *La paz en la tierra, anhelo profundo de los seres humanos de todos los tiempos, no puede instaurarse ni consolidar, si no está dentro del pleno respeto del orden establecido por Dios.* Quizás no sería necesario añadir nada más, porque esta frase ya lo expresa todo y, además, está magistralmente desarrollada en la citada encíclica. Por lo tanto, solo me atrevo a sugerir algún sencillo comentario, con el convencimiento de que, si algún día la mayoría de los humanos conseguimos alcanzar la paz con nosotros mismos, dentro de la familia, con el vecindario, en el ambiente laboral y entre las distintas naciones, será el momento de empezar a aspirar a vivir en paz en el mundo. Pero, ¡alto! porque Jesús, con cinco panes sació cinco mil hombres, pero si algo puede afirmarse sin miedo a equivocarnos es que no habrá verdadera paz en el mundo mientras no haya pan para

todos, y la cruda realidad es que, a medida que avanzamos en este siglo, las diferencias existentes entre ricos y pobres cada vez son más abismales.

¿Paz armada?

Por otra parte, no es posible hablar de paz sin mencionar la guerra. La falta de confianza entre las distintas naciones hace casi imposible acordar un desarme global y así, consecuentemente, la paz es poco menos que inalcanzable. Los estados con una economía más desarrollada destinan cantidades ingentes de dinero para armarse hasta los dientes, aunque ello redunde en una escasez de mejoras sociales básicas, necesarias para su población. Y aún es más lamentable que países económicamente deficitarios adopten la misma filosofía y, en estos casos, la repercusión en el pueblo signifique hambre y miseria, con la complicidad –evidentemente– de los países ricos, que fabrican y les venden armamento, indiferentes a las consecuencias descritas. No es difícil para los distintos medios de comunicación

destacar el horror y la brutalidad de las revueltas, las guerras y los actos terroristas que continuamente asuelan el mundo, pero se acostumbra a silenciar que los gobiernos que les suministran las armas a cambio de dinero, petróleo, diamantes y productos similares, tienen las manos tanto o más ensangrentadas que sus protagonistas. Y no exime de culpa afirmar que tanto da quién lo lleve a cabo.

Se suele aducir que los países se arman debido al temor de que se produzca un desequilibrio de las capacidades bélicas entre ellos, y que la única forma de evitarlo consiste en no quedar rezagado en una competición macabra sin fin. Este razonamiento es lógico hasta cierto punto porque, en caso contrario, significaría eliminar la desconfianza entre las distintas naciones, de lo cual hablábamos antes, y es evidente que, lamentablemente, el ser humano aún se halla muy lejos de demostrar un grado aceptable de evolución en este sentido.

Tampoco hay que olvidar el fuerte tropiezo –por no decir paso atrás– que han experimentado los progresos para avanzar en la paz mundial, a causa del hecho

relativamente reciente de la aparición o el aumento del terrorismo, lo cual ha facilitado una excusa para justificar todo tipo de intervención armada en cualquier lugar –especialmente contra minorías étnicas o pueblos sin Estado–, para “prevenir” atentados. El cinismo de algunas teorías llega a afirmar que solamente con la guerra es posible salvaguardar la paz; es decir, propugnan, ni más ni menos, que la denominada “guerra preventiva”. Mal asunto si la paz hay que alcanzarla a través de la violencia, la represión y la pérdida de la libertad personal de los ciudadanos.

Por otra parte, toda esta filosofía hipócrita ha originado que el poder destructivo del armamento actual en el mundo sea tan descomunal que, a pesar de los gestos que de vez en cuando llevan a cabo los países poseedores, en el sentido de suprimir una parte, si se utilizara el resto, la humanidad entera quedaría aniquilada (no puede considerarse un consuelo saber que en los años sesenta del siglo pasado todavía era peor, porque entre los EUA y la URSS habían llegado a disponer de lo que ha venido en llamarse un *overshoot 200*, es decir, la posibilidad de destruir doscientas veces toda la existencia de vida de este planeta). Por lo tanto,

al margen de la monstruosidad que representa esta amenaza en sí misma, no podemos ignorar que todo el mundo vive sentado sobre un polvorín, la mecha del cual no es difícil de prender. No puede haber guerra si no hay armas. De acuerdo que también podemos pelearnos a pedradas y garrotazos, pero no es lo mismo.

Detener la carrera de armamentos, así como el desarme propiamente dicho, representa uno de los retos más importantes para lograr vivir en paz. La cotidianidad de las noticias horribles que nos asedian a todas horas, especialmente a través de la prensa escrita, la radio y la televisión, así como el grado de violencia extrema de las mismas, provoca que las personas que pueden calificarse de “normales” permanezcan impasibles y esto, realmente, debería preocuparnos. ¡Pensémoslo!

¿ONU sí, ONU no?

Es por lo que hemos dicho hasta aquí que la creación de un órgano internacional que trabaje por la paz, ha de

ser bienvenida en todo momento. El 26 de junio de 1945 se constituyó la Organización de las Naciones Unidas (ONU), los objetivos de la cual eran (son), esencialmente, mantener y consolidar la paz entre los pueblos, desarrollando entre los mismos las relaciones de amistad, basadas en los principios de la igualdad, el respeto mutuo y la cooperación de todos los sectores de convivencia. Asimismo, la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, que fue aprobada en la Asamblea General del 10 de diciembre de 1948 significó un paso muy importante en el reconocimiento de la dignidad de todas las personas. El carácter de estos propósitos me parece extraordinario, incluso con los defectos que es posible observar. Por ejemplo, no comprendo qué sentido tiene que, no obstante las repetidas propuestas de reforma, el Consejo de Seguridad de la ONU aún lo integren cinco miembros permanentes (Estados Unidos, Rusia, China, Reino Unido y Francia), los cuales todavía se reservan el derecho al veto individual en las decisiones que se votan en las Asambleas Generales (no olvidemos que, curiosamente, los mencionados cinco miembros disponen de la bomba atómica y que, cuatro de ellos, figuran entre los principales traficantes de armas de todo el mundo...). ¿De qué sirve que la

totalidad de miembros restantes emita un voto afirmativo en una votación, si con que solo una de estas cinco naciones se oponga ya es suficiente para invalidarlo? Sinceramente, si no es porque su existencia continua siendo positiva, a pesar de las reacciones tardías, tibias o incompletas con que responde a algunos conflictos y que, tal vez, por el momento, representa la única opción real a nuestro alcance, me parecería un gasto inútil de tiempo y medios de todo tipo, la presencia de un conjunto tan numeroso y caro de comparsas.

¿Paz en la escuela?

Obviamente. No es posible ignorar el papel fundamental que juegan en la búsqueda de la paz los educadores de niños y adolescentes, así como los formadores de la opinión pública. La UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, creada en 1946) ya contempla el concepto “paz” como un objetivo a conseguir. La paz está igualmente presente, de una

forma u otra, en numerosos planes de estudio de distintos países. Pero sería deseable que su implementación fuese tenida en cuenta más escrupulosamente en todos los centros educativos, y que el personal docente tuviese siempre presente su importancia capital. Y que los gobiernos estuviesen formados por políticos inteligentes y honrados, conscientes de su prioridad. Educar para la paz, más que una asignatura, lo deseable sería que impregnase la enseñanza en todos sus niveles, a través de una didáctica que permitiese ir realmente hacia una cultura de paz que fomentara la convivencia pacífica, en contra del horror de la guerra. Es imprescindible ser conscientes de que no puede existir la paz sin una educación para la paz.

Por otra parte, llama realmente la atención la forma en que, a mediados del siglo pasado, un amplio sector de maestros, con el soporte de unos libros de texto absolutamente desaconsejables, era cómplice de impartir una cultura bélica, enaltecendo el heroísmo de militares y el honor y la valentía de los caudillos en la defensa de la gloriosa patria, con particular mención de las condecoraciones a la gloria y al valor conquistados en los campos de batalla. Afortunadamente, esto ya forma

parte de un capítulo lamentable de la historia de este país, si bien aún no está superado, ni mucho menos, en muchos otros lugares del mundo.

Para terminar este capítulo, confieso que me impresionó leer lo que escribió, en una redacción escolar, J. Britton, un niño inglés de diez años: *La verdadera paz son los juegos y las risas de los niños, la gente que dice lo que piensa, los garabatos de los bolígrafos que escriben lo que los escritores quieren decir. Es la música de gente que canta y baila, gente que dispone de alimentos, hogar y amor. Es gente que vive sin miedo ni mentiras.*

Paz, ¿cuándo?

No puede ignorarse que para que un pueblo –y el mundo entero– viva en paz, es necesario que disponga de un mínimo de atención en todos los sentidos: físico, psíquico, espiritual, social y cultural, a través de un reparto armónico de la riqueza global y de acuerdo con

las necesidades de cada cual. Podrían escribirse multitud de páginas para poner en evidencia el drama que representan las guerras, tanto en víctimas humanas como en lo referente a su coste medioambiental y económico. No deseo fatigar ni escandalizar a nadie. Solo creo que conviene dejar constancia que, eliminarlas, equivaldría a erradicar el hambre y la miseria en el mundo entero. Y a evitar ríos de sangre y lágrimas.

Así como la salud no es únicamente la ausencia de enfermedad, sino que va mucho más allá, la paz tampoco consiste en la inexistencia de guerras o de todo tipo de violencia, porque debe tener como base –tal como expone la encíclica *Pacem in terris*– la verdad, la justicia, el amor y la libertad. Pero, además, hay que tener en cuenta que la hemos de construir entre todos, cada día, hasta conseguir una sociedad realmente fraternal en la cual las personas gocen de dignidad y respeto mutuos.

La pretensión de alcanzar el objetivo descrito en el párrafo anterior es, sin duda, una utopía, y aún más si se trata de conseguirlo por medios violentos. A menudo se ha intentado lograrlo mediante una revolución, lo cual

siempre ha conducido a la destrucción y a la muerte. Tampoco es nada extraño que revolucionarios que han vivido oprimidos, tras luchar por un ideal, si logran vencer, se conviertan, a su vez, en opresores. La paz en el mundo jamás se obtendrá por el uso de las armas, sino por la resistencia pacífica y la perseverancia de la razón. En otras palabras, es lo que ha venido en llamarse “sustituir el derecho de la fuerza por la fuerza del derecho” No hay otro camino posible para alcanzarla si no es progresivamente, y es en esta progresión donde todos los ciudadanos del mundo estamos llamados a participar, expulsando la pereza y aportando todo lo posible, de acuerdo con nuestra capacidad y circunstancias. Al terminar este libro se habrá mencionado más de cien veces la palabra “paz”. Quizás ya es hora de intentar responder a la pregunta inicial respecto a si es posible alcanzarla o si se trata tan solo de una utopía. Lamento decir –hablando sinceramente– que no creo que, en estos momentos, la paz en este mundo sea posible.

No obstante, los humanos –todos– tenemos derecho a soñar, porque los sueños de hoy pueden romper los límites del presente y convertirse en una realidad del

mañana (véase el Apéndice II). ¿Tal vez no se ha conseguido la abolición de la esclavitud (al menos, legalmente)?; ¿o del apartheid?; ¿o de las limitaciones en los derechos de la mujer (a pesar del largo camino que en este aspecto aún queda por recorrer)?; ¿o de la pena capital en numerosos países? ¿Alguien duda que en el mundo haya personas que, de forma anónima, sea individualmente o en grupo, trabajan por la paz, sin que su actividad tenga el eco que sería de desear? Los que creemos firmemente en la posibilidad de mejorar poco a poco el estado actual de la humanidad, es necesario que, una vez obtenida la paz dentro de nosotros mismos, hagamos un esfuerzo para transmitirla y compartirla con la familia, con el vecindario, en el ambiente laboral, el país y el mundo entero. Y a tal fin, además del compromiso personal, será imprescindible utilizar los medios tecnológicos de los que disponemos hoy en día. La paz requiere comunicación, y en la época en que nos ha correspondido vivir, las barreras en las relaciones entre personas se han reducido a niveles hasta hace poco insospechados. En las redes sociales, por ejemplo, “solo” sería necesario sustituir los mensajes y las consultas frívolas por otras de más responsables y útiles. Hoy en día tenemos acceso a una inmensa cantidad de

información, y es curioso que quizás de quién estamos más alejados es de nosotros mismos. Probablemente, dentro de unos siglos –si antes no destruimos el planeta– el mundo vivirá en paz y parecerá inverosímil que no nos percatáramos antes de cómo conseguirlo. Este hecho ya no podrán contemplarlo nuestros ojos. Pero tenemos la obligación de abandonar este mundo mejor de como lo hemos encontrado. Somos la especie que inventó la guerra, pero también depende exclusivamente de nosotros poder llegar a convivir en paz. Y no podemos olvidar que en la Constitución de la UNESCO se puede leer: *Las guerras nacen en la mente del hombre y, por lo tanto, es en la mente del hombre donde hay que construir el baluarte de la paz.* Del mismo modo es conveniente conocer algunas conclusiones reflejadas en el Manifiesto de Sevilla sobre la Violencia, suscrito por especialistas de todo el mundo el 16 de mayo de 1986, con motivo de la celebración del Año Internacional de la Paz, en las cuales se hace constar que es científicamente incorrecto afirmar que hemos heredado de nuestros antepasados animales la tendencia a hacer la guerra, o que la guerra o cualquier otro comportamiento violento se hallen genéticamente programados en la naturaleza

humana; o que los humanos tengamos “un cerebro violento”.

El día en que todos seamos capaces de unificar en una sola voz el deseo de alcanzar la paz dentro de un pensamiento y de una actuación global, el mundo experimentará una transformación. Pero recordemos –una vez más– que antes es necesario que esta transformación la vivamos en nuestro interior, porque es dentro de cada uno de nosotros donde la paz ha de nacer y progresar. Es lo que los ilustrados llaman la “metanoia” (en palabras sencillas: desarrollar nuestra capacidad de amar y ser amado) Y no puedo terminar este capítulo –soy un humilde creyente– sin confesar que confío en el ser humano, por ser éste un reflejo y una creación de Dios. Y porque tengo muy presente la promesa que nos hizo Jesús: *Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.* (Mt 28,20).

EPÍLOGO

(Cuento inspirado en un relato de Leonardo Boff)

En cierta ocasión había un anciano honrado y pobre, el cual, tras visitar muchos países y haber viajado a los lugares más remotos de este mundo en busca de un lugar en donde reinase la paz, sin haberlo logrado, aún albergaba el deseo y la ilusión de conseguirlo, aunque fuese tan solo por una vez. Pero, puesto que ya no le restaban fuerzas para seguir peregrinando, decidió pasar el resto de sus días en una cabaña abandonada de un pueblo cualquiera donde vivía inmerso en la plegaria, confiando en que, antes de morir, Dios le revelaría el lugar en donde había paz en este mundo.

Cada día, un chiquillo del pueblo le llevaba un cesto conteniendo un poco de comida, procedente de alguna alma caritativa.

Un día, el chiquillo, sabiendo la esperanza que aún mantenía el espíritu de aquel anciano, y compadecido de él porque nunca le había visto sonreír –tal era la tristeza que tenía por no haber hallado la paz en ningún lugar–, le habló de un personaje recién llegado al pueblo, con la intención de albergarse aquella noche en el hostel, el cual tenía fama de ser un sabio de gran renombre y que, además, era considerado como uno de los mejores geógrafos del mundo.

Aquella noche, el anciano de nuestro cuento hizo un gran esfuerzo, y reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, fue a llamar a la puerta del lugar donde se hospedaba el sabio. Al abrirle la puerta, el anciano quedó impresionado por el aspecto erudito del hombre que tenía ante sí y que lo observaba sorprendido por aquella visita inesperada. Nuestro buen anciano, al tiempo que hacía una reverencia, titubeó:

–Perdonad, señor, que altere vuestro reposo, pero me han informado que sois el mejor geógrafo del mundo, y que solo vos podéis descubrirme lo que he estado buscando toda mi vida: ¿en qué país reina la paz?

El sabio se extrañó mucho ante aquella pregunta, pero aceptó el reto, y extendiendo encima de una mesa todo tipo de libros, atlas, mapas y documentos antiguos, tras estudiarlos atentamente durante un buen espacio de tiempo, mientras el anciano esperaba pacientemente con la ilusión contenida, repuso con firmeza:

–Es obvio que la paz no existe en ningún país de este mundo.

El anciano quedó perplejo ante aquella respuesta y, con voz temblorosa, insistió:

–Señor, os lo suplico, comprobadlo otra vez, por favor. No es posible que mi peregrinación constante y mi vida entera hayan sido en vano.

Pero el sabio, con un tono más bien molesto, replicó:

–Os lo repito, y os ruego que no me hagáis perder más el tiempo inútilmente: la paz no existe en ningún país de este mundo.

El pobre anciano regresó llorando a su cabaña, sumido en la más profunda desolación, convencido de que su existencia en busca de la paz en este mundo había sido un triste y completo fracaso. Finalmente, tras tenderse en su camastro, cerró los ojos, y miró dentro de sí mismo, al tiempo que una sonrisa le iluminaba el semblante y exhalaba el último suspiro en paz.

APÉNDICE I

(Lecturas para aprender a orar)

Para empezar:

ANÓNIMO. *Relatos de un peregrino ruso*. Barcelona: Ed. Claret.

ANÓNIMO INGLÉS DEL SIGLO XIV. *La nube del no-saber*. Madrid: Ediciones Paulinas.

MELLO, Anthony de. *La plegaria de la rana* (1 i 2). Barcelona: Ed. Claret.

MELLO, Anthony de. *Sadhana*. Barcelona: Ed. Claret.

Para continuar:

MAIN, John (2008). *Una palabra hecha silencio*. Salamanca: Ed. Sígueme.

Para profundizar:

JALICS, Franz (1996). *Ejercicios de contemplación*. Salamanca: Ed. Sígueme.

Siempre y en todos los niveles:

Nuevo Testamento. Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas
y Juan.

APÉNDICE II

(Fragmentos del discurso de Martin Luther King *I have a dream* [«Tengo un sueño»] del 28 de agosto de 1963)

...hay algo que debo decir a mi gente, que aguarda en el cálido umbral que lleva al palacio de la justicia: en el proceso de ganar nuestro justo lugar, no deberemos ser culpables de hechos erróneos. No saciemos nuestra sed de libertad tomando de la copa de la amargura y el odio. Siempre debemos conducir nuestra lucha en el elevado plano de la dignidad y la disciplina. No debemos permitir que nuestra protesta creativa degenera en violencia física. Una y otra vez debemos elevarnos a las majestuosas alturas de la resistencia; a la fuerza física con la fuerza del alma.

Yo tengo el sueño de que un día, en las coloradas colinas de Georgia, los hijos de los ex esclavos, y los hijos de los ex propietarios de esclavos, serán capaces de sentarse juntos en la mesa de la hermandad.

Yo tengo el sueño de que un día, incluso el estado de Mississippi, un estado desierto, sofocado por el calor de la injusticia y la opresión, será transformado en un oasis de libertad y justicia.

Yo tengo el sueño de que mis cuatro hijos pequeños vivirán un día en una nación, donde no serán juzgados por el color de su piel sino por el contenido de su carácter.

Yo tengo el sueño de que un día, allá en Alabama, pequeños niños negros y pequeñas niñas negras serán capaces de unir sus manos con pequeños niños blancos y niñas blancas como hermanos y hermanas.

Yo tengo el sueño de que un día cada valle será exaltado, cada colina y montaña será bajada, los sitios escarpados serán aplanados y los sitios sinuosos serán enderezados, y que la gloria del Señor será revelada y todo el género humano vivirá unido.

Con esta fe seremos capaces de transformar las discordancias de nuestra nación en una hermosa sinfonía de hermandad. Con esta fe seremos capaces de

trabajar juntos, de rezar juntos, de luchar juntos, de ir a prisión juntos, de luchar por nuestra libertad juntos, con la certeza de que un día seremos libres.

Este será el día, este será el día en que todos los niños de Dios serán capaces de cantar con un nuevo significado: “Mi país, dulce tierra de libertad, sobre ti canto. Tierra donde mis padres murieron, tierra del orgullo del peregrino, desde cada ladera, dejen resonar la libertad”.

Y cuando esto ocurra, cuando dejemos resonar la libertad, cuando la dejemos resonar desde cada pueblo y cada caserío, desde cada estado y cada ciudad, seremos capaces de apresurar la llegada de ese día en que todos los hijos de Dios, hombres negros y hombres blancos, judíos y cristianos, protestantes y católicos, serán capaces de unir sus manos y cantar las palabras de un viejo espiritual negro: “¡Por fin somos libres! ¡Por fin somos libres! Gracias a Dios todopoderoso, ¡por fin somos libres!”.

No dudes en divulgar el contenido de este libro, si crees que ello puede ayudar a alguien. También puede accederse gratuitamente al texto a través del web www.imacxiom.com

Del mismo modo pueden obtenerse todos los libros publicados anteriormente dentro de esta colección:

- **Dios, ese desconocido** (Un testimonio de fe)
- **El más allá, ese desconocido** (El gozo de la esperanza)
- **La caridad, esa desconocida** (Eclosión de amor)